

Guzmán—y de ello no creo que haya hasta ahora indicio alguno—, tengo por muy lógico y probable que Cervantes la aprendiese en Salamanca en los días en que aquella sátira tuvo actualidad é interés, y que al escribir los versos que preceden al *Quijote*, parodiando en ellos á su sabor los motes, empresas y blasones que Lope estampó á los comienzos de su *Peregrino*, y burlándose muy donosamente de las continuas quejas con que el Fénix se dolía de su mala ventura y de la guerra que le hacía la envidia (1), no fué mucho que á este propósito recordase los versos que Fr. Domingo disparó á su inmortal adversario, y dijese de Lope, con harto despecho é ironía, lo que el dominicano dijo de Fr. Luis:

«¿Qué Don Alvaro de Lu-  
qué Anibal el de Carta-  
qué rey Francisco en Espa-  
se queja de su fortu-?»

Notorio es, desde que el insigne Hartzenbusch descifró el sentido de estos versos, que en ellos decía Cervantes, por medio de la maga Urganda, á su libro: «Si te humillas en la dirección (dedicatoria), ningún burlón te dirá: ¡Miren qué gran hombre ó qué gran desgraciado se queja de la fortuna!» (2). Y tan propio de la ironía cervan-

(1) Conocidas de todos son.

(2) Véase el admirable artículo de Hartzenbusch *Cervantes y Lope en 1605* y la *Nueva biografía de Lope de Vega*, por D. Cayetano Alberto de la Barrera, al frente del tomo I de las *Obras de Lope*, publicadas por la Real Academia Española, página 125.

tesca era este pensamiento, y tanto le duró, sin duda por lo bien que se acordaba con ciertas ideas suyas, la memoria de la glosa de Fr. Domingo, que todavía en el *Persiles* se halla una especie de paráfrasis de ella, que vagamente la recuerda, así por el sentido como por los ejemplos alegados:

«Si yo viera á un *Anibal cartaginés* retirado en una ermita, como vi á un Carlos V encerrado en un monasterio, suspendiérame y admirárame; pero que se retire un plebeyo, que se recoja un pobre, ni me admira ni me suspende.» (1).

7.º Y aún existen otras dos coincidencias dignas de ser apuntadas en este ya largo proceso, cuales son las de las matriculas de Bartolomé Leonardo de Argensola, y singularmente las de Pedro Liñán de Riaza, que tuve la fortuna de hallar en Salamanca, con la fecha que señaló á los estudios de Cervantes en aquella Universidad.

Pedro Liñán de Riaza, el celebrado dramático de cuyas comedias sólo han llegado hasta nosotros los títulos, conservados en una carta de Lope al de Sessa, aquel de quien dijo el padre de nuestro teatro:

«Ciudades compitieron por Homero  
y por Liñán agora, pues le goza  
Castilla y le pretende Zaragoza»,

(1) *Persiles*, lib. II, cap. XX.

fué uno de los poetas celebrados por Cervantes en el *Canto á Caliope (Galatea, 1584)*. He aquí el elogio:

«El sacro Ibero, de dorado acanto,  
de siempre verde yedra y blanca oliva  
su frente adorne, y en alegre canto  
su gloria y fama para siempre viva,  
pues su antiguo valor ensalza tanto,  
que al fértil Nilo de su nombre priva  
de Pedro de Liñán la sutil pluma,  
de todo el bien de Apolo cifra y suma.»

Y aunque hasta ahora no se sabía de Liñán sino que estudió en la Universidad de Salamanca, donde fué contemporáneo de Góngora (1), registrando yo en 1897 aquellos libros de matrículas, tuve la suerte de encontrar las suyas, y acaso con ellas la revelación de su patria.

1.<sup>a</sup> Matrículas de 1582-83.—*Canonistas* (empiezan al folio 22). Al mismo folio 22: *Pedro Liñán de Riaza, natural de Toledo*.

2.<sup>a</sup> Matrículas de 1583-84.—*Pedro Liñán de Riaza, natural de Toledo*.

Y si por estos años estudiaba Liñán en Salamanca, y Cervantes le elogia tan cariñosamente en la *Galatea*, concluida ya á los fines de 1583,

(1) Don Cayetano A. de la Barrera: *Catálogo del teatro español*, pág. 214. De Góngora hallé en Salamanca en 1897 esta matrícula entre los *nobles generosos y dignidades* que, según costumbre, encabezaban aquellos registros: *Don Luis de Góngora, natural de Córdoba, se matriculó ante mí, Bartolomé Sánchez, hoy 20 de Noviembre de 1579 años*.

¿será violento inferir de aquí que la amistad de ambos ingenios naciese en las aulas salmantinas, donde, á lo que parece, fueron contemporáneos?

Otro tanto puede decirse respecto al insigne Bartolomé Leonardo de Argensola, cuyas matrículas en la Facultad de Cánones para los tres cursos consecutivos de 1581 á 82, 1582 á 83 y 1583 á 84, tuvo también la fortuna de hallar en los Registros salmantinos (1).

Así, pues, con cada nueva coincidencia, indicio ó dato que he ido agregando á este proceso de observación histórica, hase ido agrandando y fortaleciendo en mí la sospecha que sirve de tema á este modesto estudio.

Con razón notaba Benjumea—cuya crítica es mucho más feliz en la observación que en las soluciones—«el gran número de amigos poetas que Cervantes tenía—al publicarse la *Galatea*—no obstante el dilatado espacio de tiempo que de su patria estuvo ausente». Y añade: «El canto de *Caliope*, en que tantos se enumeran y se elogian, mostrando conocimiento de sus patrias, de sus obras y sus respectivos méritos, no parece sino estar escrito por un hombre avecindado por muchos años en la corte» (2).

Y, en efecto, como ya dije al principio, entre la vida militar y aventurera de Cervantes antes de 1581, y su vida y su producción literaria des-

(1) Publiqué éstas y otras varias matrículas en mi artículo *De vuelta de Salamanca*. (*La España Moderna*, Junio de 1897.)

(2) *La verdad sobre el Quijote*, páginas 116-117.

de 1583-84, medió, sin duda, un lazo, un puente, un punto de unión, una influencia hasta ahora desconocida, que, apartándole por algún tiempo de su reñida lucha por la existencia, acercóle á algún grande foco de actividad y estímulo intelectual, donde se reveló de una vez para siempre su alta vocación de escritor y por donde se relacionó, inició é introdujo en el mundo de las letras.

En el cual acaso jamás hubiera entrado á seguir su vida de forzados trabajos, arriesgadas empresas y continuas andanzas y aventuras. Luego el influjo que de aquel azaroso vivir le apartó fué de naturaleza que, ofreciéndole quietud y medios de subsistencia, le acercó á la vida literaria más que á otra alguna.

Porque sabido es que cada una de las grandes esferas de la asociación y de la actividad humana constituye un mundo aparte, con su atmósfera, su población, su idioma, usos, leyes, aficiones y tendencias propias.

Y si en 1584-85 hallamos á Cervantes ya dentro de ese mundo, avezado á sus hábitos, naturalizado entre sus gentes, entregado á sus trabajos y empresas, imprimiendo libros propios y elogiando los ajenos, codeándose con los más celebrados escritores é incluido por ellos *entre los famosos ingenios* de Castilla, claro es que de algún modo pasó de uno á otro género de existencia, y por alguna puerta ingresó en aquella nueva vida.

¿Por qué no suponer que las puertas gloriosas

por donde entró en el mundo de las letras el padre de nuestra novela fuesen las de las ínclitas escuelas salmantinas, donde á la sazón estudiaban Argensola, Góngora, Liñán de Riaza y tantos otros, que, siendo sus condiscípulos, bien pudieron introducirle y relacionarle con los demás celebrados ingenios, con quienes tan pronto le hallamos unido con lazos de fraternal amistad?

Y si en Salamanca recibió Cervantes, como quien dice, la iniciación y el bautismo literario, ¿cómo extrañar que guardase de su estancia en la ciudad del Tormes tan dulce memoria, y que dijese que *enhechiza la voluntad de volver á ella á todos los que de la apacibilidad de su vivienda han gustado?*

¿Cómo extrañar que, por obra y gracia de aquella suave remembranza, todos los estudiantes que produjo la fantasía del autor del *Quijote* fuesen hijos de la *Madre de las Ciencias*, y que el recuerdo de Salamanca y sus contornos brille por dondequiera en el animado mundo de sus producciones?

## V

Para resumir y completar mi hipótesis fálta-me responder á la primera de las objeciones que según dije á los comienzos de este artículo, pudieran oponerse á la pregunta que le sirve de epigrafe y de tema, la cual, formulada allí en tesis general, pudiera ahora expresarse en tér-

minos más concretos, conocida ya la época que —condicionalmente— señalo á los estudios del autor del *Quijote*.

¿Es lógico suponer que á Cervantes, cumplidos ya los treinta y cuatro ó treinta y cinco años de su edad (1), y á despecho de la vida errante y emprendedora que por entonces llevaba; á Cervantes, que consta que en 1583 se hallaba pobre (2), ocurriérasele, por mero capricho ó por sólo amor al saber, irse á estudiar á Salamanca?

Y cierto que esta objeción no puede ser más racional y bien fundada; pero, como dije al prevenirla, no destruye el fundamento de mi hipótesis, si bien la reduce y concreta á términos más limitados.

Porque, demostrada mediante testimonio fehaciente la pobreza de Cervantes por aquellos días, y siendo notoria y *documentada* también la vida errante y aventurera que poco antes llevaba, de admitir ó suponer siquiera su estancia y estudios en Salamanca por aquella fecha, admitirse debe juntamente que no pudo vivir en aquella ciudad ocioso ni con recursos propios, ni estudió por sólo su gusto y afición al saber. Lógico es, pues, inferir que, careciendo de medios para vivir ociosa-

(1) Sabido es que fué bautizado el 9 de Octubre de 1547.

(2) Mediante el documento número 25 de los publicados por el Sr. Pérez Pastor, que acredita haber empeñado Cervantes cinco paños de tafetán por orden de su hermana doña Magdalena, y claro está que aunque los paños no eran de Cervantes, no debía éste de contar con recursos propios para socorrer á su hermana, porque, á ser así, no hubiese empeñado aquella tela.

mente, ejerciese alguna profesión ó practicase algún trabajo compatible con los estudios. Y cierto que ni las comisiones y viajes por cuenta y en servicio del Rey, ni los negocios financieros ni la cobranza de alcabalas aparecen compatibles con el aprendizaje de la Filosofía, con la asistencia á las aulas, con la producción literaria y el asiduo trato con los ingenios, de todo lo cual dió de allí á poco muy visible testimonio la publicación de la *Galatea*, tan encomiada y encomiadora de los más famosos poetas de entonces.

Evidente y fuera de duda me parece la imposibilidad de que Cervantes simultanease la asistencia á las aulas, el cultivo de la poesía y el comercio literario con trabajos de índole diversa, ni menos opuesta al ejercicio de las letras, y, lo que es más, hasta la propia citada mención que largos años después hizo él mismo de Salamanca excluye la suposición de que su vida en aquella ciudad fuese afanosa y sobrecargada de trabajos, pues, á ser así, no hubiese gustado tan á su sabor de la *apacibilidad de su vivienda*, ni hubiera sentido *hechizada la voluntad con el deseo de volver á ella*: que no es humano deleitarse con el recuerdo de los lugares en que se ha padecido.

Fundándome en todo esto, dije antes que el influjo que le apartó de su azaroso vivir y, al parecer, le llevó á Salamanca, fué, sin duda, de naturaleza que, ofreciéndole quietud y medios de subsistencia, le acercó á la vida literaria más que á otra alguna.

¿Pudiera, por ventura, hallarse entre los usos y prácticas de aquella época alguna ocupación, cargo ó ministerio á un tiempo lucrativo y compatible con la vida sosegada y con el ejercicio de las letras, y que satisfactoriamente explicase la presencia de Cervantes en Salamanca y el por qué de sus estudios en aquella edad y circunstancias?

Una ocupación ó cargo habia, á mi ver, muy propio de las costumbres de aquel tiempo, y que cumplidamente satisfaría las dudas enunciadas y llenaría las condiciones requeridas en el caso que estudiamos.

Nadie ignora que por entonces no era, ciertamente, deshonesto el servir á los grandes señores, y que el mismo Cervantes sirvió á los de Sessa y Lemos, y fué en Roma camarero del cardenal Aquaviva; y siendo esto así, supongamos que algún caballero de la corte hubiérale confiado, en calidad de ayo ó mayordomo, la tutela y cuidado de algún mancebito de los muchos que en tiernos años enviaban los nobles á estudiar á Salamanca.

Y esto supuesto, fácilmente se comprenderá que, una vez en ella, Cervantes, tan aficionado y curioso de todo saber que leía hasta los papeles rotos que hallaba por las calles, no desaprovecharía aquella feliz ocasión de saciar los anhelos de su inteligencia; porque fuera de todo punto inverosímil suponer que, puesto el sediento al borde de la fuente, no bebiese.

Y ya que de las memorias de aquella Univer-

sidad consta que el *gran cardenal Cisneros* acabó en ella su carrera *siendo bachiller de pupilos para ganarse el sustento* (1), ¿será mucho suponer que allí donde Jiménez de Cisneros fué bachiller de pupilos, Miguel de Cervantes fuese ayo, preceptor ó mayordomo de escolares nobles ó adinerados?

Y aquí ocurrirá preguntar: ¿Pero siendo Cervantes tan fiel copiador de la realidad y tan subjetivo en todas sus obras, dejó, por ventura, en ellas algún rastro ó indicio, por leve que fuese, que arroje alguna luz ó recuerde á lo menos este su género de vida en Salamanca?

Tengo para mí que ciertos pasajes de algunas obras cervantinas serán la mejor respuesta que á esta pregunta pudiera darse.

Recuérdese, ante todo, *La Ilustre fregona*, y obsérvese que cuanto allí se lee de los mancebos *Carriazo* y *Avendaño*, de su partida de Salamanca, *en compañía de dos criados de casa, amén del ayo, que se habia dejado crecer la barba por que diese autoridad á su cargo*; y lo que se sigue del robo de los cuatrocientos escudos, de la excursión á la fuente de Ardales, fuga de los mancebos y apuros del señor ayo, parece vivido.

Diríase que los *mancebitos*, como el autor los llama, jugaronle, en efecto, alguna mala pasada,

(1) Reseña histórica de la Universidad de Salamanca, hecha por los doctores D. Manuel Hermenegildo Dávila..., D. Salustiano Ruiz... y D. Santiago Diego de Madrazo (Dávila rector) y remitida á la Dirección general de Instrucción pública por el Rector a misma Universidad. Salamanca, 1849; pág. 33.

y que por eso dice socarrona é irónicamente Cervantes: *enviaron con ellos un ayo que los gobernase, que tenía más de hombre de bien que de discreto.*

Y en verdad que parece que Cervantes tenía muy andados y medidos los caminos que llevan á Salamanca, cuyas distancias puntualmente expresa, y conocía por experiencia propia su vida, estudios y escolares.

Y cierto que si autoridades respetables no pudiesen en tela de juicio la legitimidad de *La Tía fingida*, no estaría yo á dos dedos de ahijársela á Cervantes, aunque sólo fuera por aquella animada y viva descripción de los varios géneros de estudiantes que la cursaban, la cual es tal y tan gallarda y pintoresca, que parece caída de su pluma de oro.

Pero, prescindiendo de esta novela—aunque sería valiosa pieza de convicción en este proceso—, recuérdese la del *Licenciado Vidriera*, tan llena de menciones y referencias á Salamanca, y téngase presente este pasaje de *El vizcaíno fingido*:

Dice Solórzano: «... La suerte ha querido que de Vizcaya me enviase un grande amigo mío á un hijo suyo vizcaíno muy galán, para que yo le lleve á Salamanca y le ponga de mi mano en compañía que le honre y enseñe...»

Y cierto que es muy digno de nota que las matriculas de *Diego de Carriazo* le declaren natural de Bilbao. Pero, aparte de que fuera ó no vizcaíno el escolar confiado á Cervantes—por

que esto bien pudo ser obra de la ficción—, lo cierto es que cualquiera diría que conoció en Salamanca al vizcaíno Diego de Carriazo, á quien hizo burgalés en *La Ilustre fregona*, y la verdad es, en suma, que en las obras de Cervantes no faltan, ciertamente, menciones á los estudiantes y á sus ayos en Salamanca.

¿Compartiría Cervantes algún recuerdo de aquellos tiempos con el fingido Avellaneda, autor del pseudo-*Quijote*?

Lo cierto es que—como muy sagaz y atinadamente observó Benjumea—Cervantes en *El colquio de los perros* y Avellaneda al final de su novela coinciden singularmente en referirse á una misma persona que vivía ó fué encomendada á un mesonero de *Valdeastillas* (1), á cuyo lugar vuelve á referirse por cierto Cervantes en *La Ilustre fregona* y en otras obras suyas.

La extraña y picante coincidencia pudiera muy bien inducirnos á creer que Avellaneda, como el autor de las *Ninfas y Pastores*, conocía á Cervantes desde los tiempos en que éste estudió en Salamanca, y es muy de notar que uno y otro fuesen tan declarados enemigos del autor del *Quijote*.

Pero, prescindiendo por ahora de éstas y otras curiosidades que acaso en adelante serán objeto de particular estudio, diré, en resumen, que así en las obras de Cervantes como en las de sus contemporáneos, y en la serie de datos y coinci-

(1) *La verdad sobre el Quijote*, páginas 260-264.

dencias apuntadas, me parece hallar vivos indicios de la estancia y estudios de Cervantes en Salamanca hacia la época que dejo indicada.

No pretendo vender por hechos mis conjeturas ni graduar de verdades históricas mis hipótesis; pero si con ellas lograrse que, excitada la curiosidad de los eruditos, alcanzara alguno con mayor suficiencia y acierto á esclarecer este ignorado período de la vida del más glorioso de nuestros escritores, tendriame por muy dichosa y bien pagada de estos humildes trabajos.

---

### III

## DE LOPE